

Asociacionismo inmigrante y renegociación de las identificaciones culturales

Immigrant Associacionism and Arrangement of the Cultural Identifications

M^a Elena GADEA MONTESINOS

Departamento de Sociología y Política Social de la Universidad de Murcia
megadea@um.es

María ALBERT RODRIGO

Departamento de Sociología y Antropología Social de la Universitat de Valencia
maria.albert@uv.es

Recibido: 23.9.09

Aprobado definitivamente: 1.3.10

RESUMEN

Los migrantes han tendido a crear, allí donde se han instalado, grupos más o menos formalizados, organizados generalmente según el origen nacional o étnico, para dar respuesta a necesidades y anhelos diversos. En este sentido, las asociaciones se han constituido en un elemento clave en la articulación de la vida cotidiana del colectivo inmigrante. Un elemento clave que actúa a dos niveles: de un lado, en la relación entre la población inmigrante y las instituciones de la sociedad de recepción, en tanto que las asociaciones de inmigrantes se configuran como instancias de representación e intermediación política; de otro, en las relaciones al interior del propio colectivo migrante que debe redefinir, a veces de manera conflictiva, su lugar social y sus relaciones intra-grupo en el nuevo contexto de asentamiento. En uno y otro nivel, las asociaciones emergen como un espacio privilegiado para la mediación social y cultural. En efecto, las asociaciones se constituyen en instancias para la re-creación de la identidad, que los miembros del grupo (y los ajenos a él) pueden definir como religiosa, nacional, étnica o cultural; pero en estas organizaciones no sólo se expresan las identidades sino que, en tanto que la identidad es un proceso de construcción social, las asociaciones generan nuevos espacios desde los que se negocian y articulan los sentidos de las identidades en contexto migratorio. La música, la danza, la comida, la vestimenta, las prácticas religiosas o la lengua se convierten, así, en nuevos o renovados referentes de identificación, en formas de expresión de una comunidad no sólo imaginada, sino también reterritorializada.

PALABRAS CLAVE: Asociacionismo, Inmigrantes, Identidad.

ABSTRACT

Migrants, wherever they have been settled, have always moved in order to set up groups somehow formalised, normally organised upon their ethnic or national origin. These groups always work to give a response to their needs. Thus, associations have become a basic element in the day-to-day life of immigrants. A basic element working two ways: On one hand, in the relationship between immigrants and the institutions of the receiving societies, considering that these groups act as representatives for political issues. On the other hand, in the relationship within the group itself, placing themselves, sometimes in a non-easy way, in a new settling context. In both levels, the associations act as a privileged

way for social and cultural intermediaries. Associations arise as institutions based on identity reasons, members and non-members of the group can define them as religious, national, ethnical or cultural. But in these organisations, apart from identity, they create new spaces from which they work on migration contexts, music, dance, food or dressing habits, religious practices or use of languages become in identity references, in ways of expression of a community not just margined but also re-localised.

KEYWORDS: Asociacionism, Immigrant, Identity.

SUMARIO

1. Asociaciones y vida cotidiana de los migrantes. 2. Las identidades en contexto migratorio. 3. Los cañaris en la sociedad murciana: posiciones subalternas y recursos comunitarios. 4. Las asociaciones cañaris: espacios privilegiados para la elaboración de estrategias identitarias. 5. Recapitulación y nuevas líneas de análisis. Bibliografía.

1. ASOCIACIONES Y VIDA COTIDIANA DE LOS MIGRANTES

En la actualidad, prácticamente todos los aspectos de la vida social tienen una vertiente asociativa, desde las actividades de tiempo libre o ayuda mutua hasta aquellas otras de cariz político, económico o cultural. Desde la década de los 90, el incremento y la heterogeneidad de las asociaciones, así como las muchas y diversas funciones que desempeñan, han sido ampliamente documentadas en todos y cada uno de los estudios realizados¹. Desde una perspectiva antropológica, se ha considerado que las asociaciones se constituyen en marcos para el establecimiento y extensión de las redes sociales tanto verticales (patrón/cliente), como horizontales (amistad, cooperación, alianza, ayuda mutua), en medios para la obtención de prestigio, influencia y liderazgo social por parte de los individuos y grupos, en definitiva, en instrumentos para el ejercicio y control del poder social y político en el contexto de la acción social. Por su parte, la tradición sociológica² afirma que, en las sociedades modernas, las asociaciones cumplen una triple función: distribuyen el poder entre gran parte de los ciudadanos; satisfacen las necesidades del individuo al ayudarle a comprender, a partir de la experiencia de un pequeño grupo, los mecanismos democráticos modernos, en lugar de conocerlos o sufrírselos por parte de un poder más o menos lejano e impersonal; y constituyen un mecanismo de cambio social continuo que tiende a plantear y

resolver los nuevos intereses y necesidades de la población (Meister, 1974). Agentes por excelencia de la sociedad civil, las asociaciones voluntarias se revelan también como una verdadera escuela de ciudadanos y como una estructura de mediación entre éstos y los centros de decisión del estado (Cucó, 2004).

La importancia de las asociaciones en la vida de los migrantes resulta indiscutible, son un lugar extraordinario para la interacción social, proporcionan una base estable en un contexto cambiante y se configuran, además, como agentes mediadores, tanto al interior del colectivo como entre los integrantes de la asociación y la sociedad de recepción. Los procesos asociativos han acompañado a las migraciones, tanto internas como internacionales, al menos, desde el siglo pasado³. En todas las sociedades donde se han instalado, los inmigrantes han creado grupos más o menos formalizados, organizados generalmente según el origen nacional o étnico, para dar respuesta a necesidades y anhelos diversos. En este sentido, las asociaciones se han constituido en un elemento clave en la articulación de la vida cotidiana del colectivo inmigrante (Rex, 1994; Casey, 1997). En su estudio sobre la movilización étnica en Gran Bretaña, Rex (1994) identifica cuatro funciones principales de las asociaciones de migrantes: ayudar a vencer el aislamiento social, afirmar los valores y las creencias del grupo, proporcionar un apoyo asistencial a sus miembros y actuar en defensa de sus intereses y en la resolución de conflictos con la sociedad receptora. En línea

¹ Tanto en el ámbito español (Ruiz Olabuenaga, 2000; 2006; Rodríguez Cabrero y otros, 2003; Pérez Díaz y López Novo, 2003) como en el ámbito internacional, (Anheier y Kendall, 2003; Salamon, 2001; 2004) por citar algunos de ellos.

² Esta tradición caracteriza a las asociaciones voluntarias como uno de los factores fundamentales para la estabilidad y equilibrio de los sistemas democráticos contemporáneos (Lipset, 1963) que posibilitan al mismo tiempo la pervivencia de la sociedad pluralista (Kornhauser, 1979). Se las considera como los “únicos medios” a través de los cuales los individuos pueden ejercer el poder, a la vez que el “principal eslabón” de unión entre los ciudadanos y los centros de decisión (Mills, 1967). Entre sociólogos y politólogos los conceptos clave para el estudio del asociacionismo occidental serán pluralismo y democracia, elites y distribución de poder, para los antropólogos *les mots d'ordre* serán los de adaptación, estabilidad, ayuda y protección contra la adversidad; mientras que los antropólogos parecen haber estado más atentos a las permanencias y a la continuidad, al menos hasta los años 70, el aporte de los historiadores introduce y/o refuerza en el análisis la diacronía y la contextualidad (Cucó, 2004:127).

³ En el caso español, en las casas regionales podemos observar las mismas dinámicas que ahora aparecen en las asociaciones de inmigrantes. A partir de los años 80, cuando las poblaciones emigradas ya se han asentado en los barrios de llegada y algunas personas ya han establecido vínculos entre ellas, se configuran estas asociaciones desde un grupo de amigos o conocidos (“paisanos”) de una región determinada de la geografía española que se unen “para mitigar la añoranza de la tierra” de los que padecieron el desarraigo que supuso el éxodo rural. Por otra parte, los “nuevos” vecinos no sólo hubieron de reconstruir sus vínculos sociales en un nuevo contexto, sino que también debieron luchar para conseguir la dotación de los equipamientos más elementales: ambulatorios, asfaltado de calles, iluminación, líneas de autobús, etc. (Albert, 2004).

con esta propuesta, y de acuerdo con Albert (2004), si se entiende el concepto de asociación como un espacio común en el que se da un determinado tipo de relaciones sociales (de afinidad), que permiten la expresión de sentimientos (de pertenencia y de solidaridad) y unas determinadas formas de acción, pueden observarse las distintas dimensiones de este concepto en cuatro tipos de relaciones: sociabilidad, solidaridad, identidad y participación. Por otra parte, tal como señala Agulhon (1977) para entender y analizar el fenómeno asociativo resulta imprescindible introducir la dimensión histórica, puesto que las asociaciones son fruto de un momento histórico y, por tanto, deben ser analizadas como un fenómeno situado (Gadea y Carrasquilla, 2007).

Las asociaciones son espacios en los que los actores sociales cultivan la sociabilidad, entendida en el sentido común que la identifica con el gusto por la compañía y el trato con los otros. Los estudios sobre asociacionismo inmigrante suelen destacar la importancia de estas organizaciones como enclaves de seguridad ontológica (Giddens, 2001), que brindan a los migrantes un espacio en el que encontrarse con “los suyos”, con aquéllos a los que les une una forma de entender el mundo y de actuar en él, un “refugio psicológico” (Del Olmo, 2003) frente a las situaciones de desarraigo que la experiencia migratoria conlleva. Pero las asociaciones también expresan un tipo particular de socialibilidad, entendida ahora como la intensidad de las relaciones sociales de un grupo determinado y la forma que éstas adoptan, un modo particular de estar juntos, que se expresa en prácticas y formas de organización, específicas de cada colectivo. Así, los “microclimas culturales” que los inmigrantes tienden a crear allí donde se establecen, reorganizando elementos más o menos distorsionados de su tradición de origen, no son un inconveniente para la urbanización de los recién llegados. En cierto modo, a menudo se convierten en instrumentos de adaptación. En un plano psicológico, los sentimientos de diferenciación permiten a las personas y los grupos neutralizar estratégicamente las tendencias desestructuradoras propias de las sociedades urbano-industriales. En el plano sociológico, el mantenimiento –e incluso el endurecimiento– de una cierta fidelidad a formas determinadas de

sociabilidad y a unas pautas culturales que los inmigrantes llevan consigo allí donde van, y que pueden formular de muchas maneras, les permite controlar mejor las nuevas situaciones sociales a las que tienen que adaptarse (Delgado, 1998:18).

Además de la sociabilidad, en las asociaciones se establecen relaciones relativas a la solidaridad, esto es, obligaciones de ayuda que pueden tener diversas fuentes (el parentesco, la amistad, el territorio, la condición humana...). El concepto de solidaridad remite, por tanto, a “un proceso mediante el cual los miembros de una sociedad tienen experiencia y conciencia de pertenecer a ella, de compartir un vínculo social” (Ariño y otros, 1999:42). Las asociaciones articulan, de manera compleja, diversas formas de solidaridad, basadas en las relaciones e intereses que unen a sus miembros, a la vez que se constituyen en fuente de solidaridad, la que une a sus asociados por encima de otro tipo de filiaciones. Las asociaciones de migrantes tienden a expresar formas de ayuda derivadas de vínculos comunitarios, nacionales o étnicos, pero no debemos obviar el hecho de que la propia experiencia migratoria genera nuevas formas de vinculación. En este sentido, las obligaciones de solidaridad se desterritorializan, para ampliarse a una comunidad definida por la condición migratoria, que atraviesa y redefine las identificaciones en torno a la localidad, la etnia o la nación.

Las asociaciones se configuran, además, como canales de participación política, como instancias de interlocución con las instituciones públicas, para la defensa de los intereses y derechos de los migrantes. La acción de las asociaciones en este ámbito implica también la participación en el propio colectivo y la necesidad de configurarse y presentarse como grupo frente a la sociedad de recepción y sus instituciones. En este sentido, las asociaciones se convierten en escenario de estrategias orientadas a la obtención de beneficios de las instituciones públicas, a la vez que en espacio de luchas por la capacidad de representación y de definición de la identidad colectiva. En efecto, las asociaciones no sólo constituyen espacios para la recreación de la identidad, que los miembros del grupo (y los ajenos a él) pueden definir como religiosa, nacional, étnica o cultural, sino que, en tanto

que la identidad es un proceso de construcción social, las asociaciones generan nuevos espacios desde los que se negocian y articulan los sentidos de las identidades en un contexto migratorio (Gadea y Carrasquilla, 2009).

Como vemos, las asociaciones son espacios donde se desarrollan y reconfiguran relaciones sociales de diverso tipo. Aquí nos centraremos en la dimensión identitaria y, más concretamente, en los procesos de producción, reproducción y transformación de la identidad. Para esta tarea, consideramos que las asociaciones se constituyen en ámbitos privilegiados de observación al menos en dos sentidos. Por una parte, estas organizaciones, al igual que las redes migratorias en las que se basan, permiten reconstruir parcialmente una comunidad que si anteriormente se encontraba fijada a un territorio, ahora ha sido dispersada por la experiencia migratoria⁴. Por otra parte, constituyen el marco donde las identificaciones se materializan en prácticas y estas prácticas redefinen las identificaciones. El espacio asociativo no sólo permite a los individuos expresar sus identidades sino también identificarse con aquella acción que realizan a través de la asociación. Estudiaremos estos procesos a partir del análisis del asociacionismo de los ecuatorianos indígenas de Cañar asentados, desde principios de los años noventa, en distintos municipios de la Región de Murcia. Para ello, empezaremos acotando el concepto de identidad del cual partimos, un concepto que tal y como veremos marca tres líneas fundamentales: la posición social de los sujetos, el contexto de la interacción y las estrategias identitarias. En

base a estas tres líneas analizaremos, en primer lugar, el contexto material y simbólico en el que se ha producido la inserción del colectivo cañari en la sociedad murciana⁵. En segundo, atenderemos al contexto en el que se produce la interacción según las características de las asociaciones y el marco de oportunidad política en el que éstas desarrollan su acción. Por último, analizaremos las estrategias identitarias que estas organizaciones desarrollan, así como los procesos de renegociación que se producen en ellas.

2. LAS IDENTIDADES EN CONTEXTO MIGRATORIO

En las teorías sobre la identidad suelen destacarse dos grandes posiciones. Desde una perspectiva esencialista, se entiende la identidad como una entidad pura y se cree en la autenticidad de su ser, sin alteración, casi como un ser sagrado. De esta manera, la noción de identidad remite al conjunto de rasgos propios de un individuo o de una colectividad que los caracteriza frente a los demás y, por lo tanto, hace hincapié en la diferencia. Esta diferencia se genera desde dos movimientos complementarios: el primero va de la unidad a la diferenciación que muestran sus partes, que no son sino regiones integrantes de aquélla. El segundo parte de la descripción de las particularidades para comprenderlas por referencia a la unidad. Hay un patrón cultural universal que posee todas las virtualidades generativas de la diversidad existente y la determina en interrelación con el entorno práctico. Hay reglas invariables, subyacentes a la

⁴ Por otra parte, y de manera muy significativa las asociaciones de inmigrantes se constituyen como enclaves con un férreo deseo de afirmar el valor de lo propio, que queda destrozado y devaluado en ese viaje indeseado que es la emigración económica forzada. La experiencia de pérdida y la voluntad de inserción social dan vuelos a esa comunidad, más que nunca imaginada, de la identidad étnica. Su defensa se convierte no sólo en un objetivo prioritario sino que la mayoría de las veces es su razón de ser por lo que dedican gran parte de sus actividades, cuando no todas, a esta finalidad. Lo que en definitiva les permite redefinir su identidad “aquí” es la práctica de la sociabilidad, que se transforma en un medio esencial para cualquier nueva identidad que se genere, a partir de los elementos simbólicos que deciden destacar, no sin conflicto, de su propia cultura.

⁵ El material cualitativo del estudio se ha obtenido en el marco del estudio “Una investigación sobre la inmigración ecuatoriana procedente de Cañar en la Región de Murcia: situación, problemática social y posibilidades de implicación en un proyecto de codesarrollo”, financiado por la Consejería de Política Social, Mujer e Inmigración de la Región de Murcia. Además de entrevistas semiestructuradas a responsables y miembros de asociaciones, el trabajo de campo del estudio incluía una encuesta a cañarinos residentes en municipios murcianos (300 personas encuestadas para una población estimada de entre 3.000-4.000 personas) y 21 entrevistas en profundidad. La investigación, dirigida por los profesores Andrés Pedreño Cánovas y Eugenio José Sánchez Alcázar, de la Universidad de Murcia, tenía como objetivos conocer la situación social de los migrantes de Cañar asentados en los municipios murcianos y valorar sus posibilidades de implicación en el proyecto de Codesarrollo Cañar-Murcia, financiado por la Agencia Española de Cooperación Internacional y la Comunidad Autónoma de la Región de Murcia. Los resultados del estudio han sido publicados en Pedreño y Sánchez Alcázar (2009).

diversidad, si hay culturas diferentes es porque, dentro de la regla caben muchas variables (Gómez García, 2007:72).

Desde posiciones constructivistas, la identidad obedece a un proceso de construcción, es un producto social y cultural; en palabras de Anderson (1993) es una manera de imaginarnos, dependiendo de las circunstancias y de los contextos sociales y culturales. Las identidades, en cuanto que construcciones discursivas e imaginarias, son productos de la práctica social. Los grupos y los individuos interiorizan e intentan evidenciar un conjunto de rasgos que les permitan considerarse “iguales entre sí” y “diferentes a otros”. Un grupo humano no se diferencia de los demás porque tenga unos rasgos culturales particulares, sino que adopta unos rasgos culturales singulares porque previamente ha optado por diferenciarse. Son los mecanismos de diversificación los que provocan la búsqueda de unas señas capaces de dar contenido a la exigencia de diferenciación de un grupo humano.

A partir de ahí, el contenido de ésta es arbitrario, y utiliza materiales disponibles –o sencillamente inventados– que acaban ofreciendo el efecto óptico de una sustancia compacta y acabada. Se trata de un espejismo identitario, pero capaz de invocar toda clase de coartadas históricas, religiosas, económicas, lingüísticas, etc., para legitimarse y hacerse incontestable (Delgado, 1998:21).

Este carácter de construcción social de la identidad es especialmente evidente en las sociedades actuales, donde los procesos migratorios y la expansión del modo de vida urbano han hecho del multiculturalismo un rasgo fundamental de las interacciones cotidianas. La idea de identidad moderna, adscrita a un territorio y a una cultura, ya no se sostiene en un contexto de globalización. Cuando se interviene en un mundo interconectado,

uno siempre es, en distinta medida, “inauténtico”: atrapado entre algunas culturas, implicado en otras (Clifford, 1999). La convergencia de procesos económicos, financieros, comunicacionales y migratorios acentúa la interdependencia entre vastos sectores de muchas sociedades y genera nuevos flujos y estructuras de interconexión supranacional. Los flujos migratorios se intensifican y los sujetos que se desplazan entre zonas geográficas distantes y diversas culturalmente aumentan. En este sentido, las identidades son cada vez más migratorias, más eclécticas, podemos decir más virtuales, tienen un carácter deslizante y cambiante. Más que identidades, lo que existen son procesos de identificación, lo que articula el sujeto con la práctica discursiva (Hall, 2003)⁶.

Desde esta concepción antiesencialista no se niega la posibilidad de hablar de identidad, pero sólo como algo que hay que inventar en lugar de descubrir (Bauman, 2005). La utilización del término identificación nos permite problematizar la noción de identidad y reconocer con Hall, que la identidad es un concepto “que funciona *bajo borradura* en el intervalo entre inversión y surgimiento; una idea que no puede pensarse a la vieja usanza, pero sin la cual ciertas cuestiones clave no pueden pensarse en absoluto” (Hall, 2003:14). En este sentido, hablar de identificación no significa una apuesta por sustituir el concepto de identidad, sino por destacar el carácter procesual, construido y contingente de las identidades, por poner en primer plano los modos en que los actores se identifican (y desidentifican) con los modelos identitarios y los re-actualizan a través de procesos complejos y, a menudo, conflictivos⁷.

Sin embargo, si bien es cierto que las identidades se construyen, también lo es que no toda construcción es posible⁸. Aunque coincidimos

⁶ Como señala Hall, “en el lenguaje del sentido común, la identificación se construye sobre la base del reconocimiento de algún origen común o unas características compartidas con otra persona o grupo o con un ideal, y con el vallado natural de la solidaridad y la lealtad establecidas sobre este fundamento. En contraste con el naturalismo de esta definición, el enfoque discursivo ve la identificación como una construcción, un proceso nunca terminado: siempre en proceso” (Hall, 2003:15).

⁷ Coincidimos, en este punto, con Brubaker y Cooper, cuando señalan que el término identificación llama la atención sobre los complejos (y a menudo ambivalentes) procesos, mientras que el término identidad, al designar una condición antes que un proceso, implica un ajuste demasiado natural entre lo individual y lo social (Brubaker y Cooper, 2000: 17).

⁸ Los rasgos culturales diferenciadores no son una cosa cualquiera, sino que ellos se formaron en el curso de una historia común, que la memoria colectiva del grupo nunca dejó de transmitir de modo selectivo y de interpretar, transformando determinados hechos y personajes legendarios, por medio de un trabajo del imaginario social, en símbolos significativos de la identidad étnica (Lapierre, 1997:13).

con Barth (1976) y sus seguidores, en que las fronteras étnicas y las identidades que ellas contienen pueden ser manipuladas por los actores, consideramos que es necesario tener en cuenta las condiciones en las que se dan los procesos de construcción, ya que son éstas las que, sin llegar a determinar, marcan los límites de lo posible y lo no posible.

Como señala Martín Criado, las manifestaciones étnicas deben analizarse como “usos estratégicos puntuales de un acervo de recursos culturales, como reinterpretaciones estratégicas de identidades colectivas para la lucha por recursos en nuevos espacios políticos”, lo que no implica que sean “creaciones libres de los sujetos”. Para el autor, “las tácticas simbólicas de cada grupo encuentran su límite, tanto en la interdependencia con las tácticas de otros grupos, como en el stock de recursos culturales y cognitivos, acumulado y legitimado –o deslegitimado– por la historia anterior de un grupo (Martín Criado, 2001:202-203, citado en Ríu Ruiz, 2002). Las condiciones de producción de las identidades tienen que ver, por tanto, con los *habitus* de los actores y con el contexto en el que se desarrolla la interacción.

Los *habitus* actúan como “principios generadores y organizadores de prácticas y representaciones” (Bourdieu, 2007:86) y, en este sentido, se constituyen como un sistema de disposiciones para actuar, sentir y pensar de una determinada manera, interiorizadas e incorporadas por los individuos en el transcurso de la historia. Los *habitus* no son reglas para la acción, sino principios que guían las prácticas en las diferentes situaciones de interacción social. Es este carácter orientador del *habitus*, y del sentido práctico que proporciona, lo que permite considerar las prácticas en términos de estrategias, en tanto que líneas de acción “objetivamente orientadas, que obedecen a regularidades y forman configuraciones coherentes y socialmente inteligibles” (Gutiérrez, 2002:76).

Para analizar los procesos de reconfiguración de las identificaciones étnico-culturales utilizaremos, por su valor heurístico, el concepto de estrategias identitarias, que siguiendo a Taboada Leonetti, definimos como una toma de posición puesta en práctica por un actor, individual o colectivo, para uno o más fines en función de distintos factores (sociales, históricos,

culturales, psicológicos) según la situación de interacción en que se encuentre (Maffia y Ceirano, 2007:82). En cuanto que identidades colectivas, éstas responden a una definición compartida e interactiva producida por varios individuos (o grupos a un nivel más complejo), relativa a las orientaciones de la acción y el campo de oportunidades y restricciones en el que la acción tiene lugar.

Individuos y grupos contribuyen a la formación de un “nosotros” poniendo en común y tratando de concertar tres órdenes de orientaciones: las relativas a los fines de las acciones (el sentido que la acción tiene para el actor), las relativas a los medios (posibilidades y límites de la acción) y las relativas a las relaciones con el entorno (el ámbito en que la acción tiene lugar). Cuando una forma de acción colectiva cualquiera tiene lugar, se pone en funcionamiento esta construcción social mediante una continua negociación y renegociación (Tejerina, 2005:132-133).

Partimos pues, de un concepto de identidad que, desde una perspectiva constructivista, reconoce la importancia de las condiciones estructurales en la delimitación de los límites de lo posible. En este sentido, los sujetos reconfiguran las identidades desde una determinada trayectoria y posición social, y en un determinado contexto de la interacción social. Lo importante, entonces, es determinar quiénes, desde qué posiciones y con qué estrategias construyen las identidades. Por ello, antes de centrarnos en los procesos de renegociación identitaria que se desarrollan en las asociaciones, debemos exponer las características más revelantes del contexto, material y simbólico, en el que se produce la inserción social de los migrantes cañaris.

3. LOS CAÑARIS EN LA SOCIEDAD MURCIANA: POSICIONES SUBALTERNAS Y RECURSOS COMUNITARIOS

Cañar es una provincia situada en la sierra ecuatoriana que, desde mediados del siglo pasado, se ha convertido en un foco emisor de migrantes y una de las principales zonas receptoras de remesas en Ecuador (Herrera, 2005). Aunque la migración de cañaris hacia España se vincula con la crisis económica de finales de los

años noventa, la explicación de la tradición migratoria de Cañar debe buscarse en la crisis de las economías campesinas andinas, que obligó a muchos campesinos varones a una estrategia de proletarización parcial, mientras el resto de la familia permanecía en su lugar de residencia (Pedone, 2003). En los años cincuenta y sesenta, con la crisis de la producción del sombrero de paja toquilla (Jokisch y Kyle, 2005), esta primera experiencia generalizada de migraciones internas dio paso a una emigración hacia Estados Unidos, Canadá y, en menor medida, hacia Venezuela. Durante los años ochenta, con la crisis de la deuda que afectó a todos los países de América Latina y el Caribe, las migraciones hacia Estados Unidos se intensifican, en particular de hombres mestizos del sector rural de la sierra sur del país (Camacho y Hernández). Cuando a finales de los años noventa se produce la llamada “estampida migratoria ecuatoriana” (Ramírez y Ramírez, 2005), provocada por la profunda crisis económica que asoló el país, los cañaris ya tenían una tradición migratoria de varias décadas, y la emigración era para ellos una estrategia de reproducción social muy habitual (Gadea, García y Pedreño, 2009).

Los ecuatorianos de Cañar comienzan a llegar a Murcia a finales de la década de los años noventa, a través de las redes de sacerdotes españoles que habían ejercido anteriormente en Ecuador y que, tras haber sido destinados a parroquias murcianas, mantuvieron el contacto con las comunidades andinas. En la actualidad representan entre un 6% y un 8% de los inmigrantes ecuatorianos de la región, lo que supone un total de 3.000 o 4.000 cañaris residiendo en los municipios murcianos (Pedreño y Sánchez, 2009). Se trata de una población joven, como corresponde a una migración económica, que muestra un cierto predominio de los varones, debido al tipo de demanda de mano de obra a la que responde esta inmigración, al funcionamiento de las cadenas migratorias (Pedone, 2005) y a la organización familiar de esta pobla-

ción, entre la que es habitual que sean los varones quienes emigren mientras que las mujeres quedan en Ecuador al cuidado de los hijos de la pareja (Pedreño y Sánchez, 2009). A nivel laboral, estos migrantes se han insertado principalmente en la agricultura intensiva de exportación, un sector fuertemente proletarizado y etnificado, en el que estos migrantes, que proceden en su mayoría del ámbito rural, encuentran un espacio en el que hacer valer sus *habitus* campesinos (Pedreño, 2005, 2007). Estos migrantes mantienen importantes relaciones con sus lugares de origen ya que, en muchos casos, constituyen familias transnacionales que a pesar de los procesos de reagrupación familiar siguen teniendo algunos de sus miembros en Ecuador. Al mantenimiento de estas relaciones también contribuyen las redes migratorias de parentesco y paisanaje que, además de explicar la distribución del colectivo en el territorio murciano, aglutinan a los inmigrantes cañaris en distintos ámbitos de socialización.

La migración ecuatoriana en Murcia es muy visible por diversos motivos. En primer lugar, por su número, ya que los ecuatorianos representan en el 23,9% del total de extranjeros residentes en la región en 2007. En segundo, porque a diferencia de otros colectivos los rasgos físicos de los migrantes ecuatorianos revelan inmediatamente su origen indígena o mestizo⁹ (García, 2006:100). Por último, por el carácter grupal y público de su sociabilidad, que se traduce en la concentración de grandes grupos en determinados espacios públicos. A esta fuerte visibilidad se une una representación simbólica del inmigrante ecuatoriano ligada a la ilegalidad, al hacinamiento, a la explotación laboral, a los disturbios provocados por el consumo de alcohol y por los encuentros organizados en espacios públicos, etc. En la opinión pública española, el inmigrante es aceptado como trabajador, pero desde el momento en que ocupa espacios públicos se hace visible y entra en conflicto con la población local (García, 2006:101).

⁹ Un factor fundamental de la estructura social ecuatoriana es la etnicidad, por la cual la minoría blanca (en su gran mayoría, criollos) se distingue de los mestizos que constituyen la gran mayoría de la población del país, y ante la cual los indígenas y los negros constituyen dos minorías étnicas históricamente dominadas que se encuentran muchas veces en situación de exclusión social, y que sufren a menudo procesos de segregación más o menos intensos. Aunque estas barreras étnicas sean poco visibles para la mayoría de la población murciana, no lo son en absoluto para los inmigrantes ecuatorianos residentes en esa región, que como el resto de sus compatriotas se clasifican a sí mismos en términos étnicos (Pedreño y Sánchez, 2009).

En definitiva, podemos afirmar que la inserción social del colectivo cañari en la sociedad murciana se ha producido en una posición subalterna, tanto material como simbólicamente; al igual que otros ecuatorianos, e incluso en mayor medida por su condición de indígenas, reciben por parte de la sociedad de recepción una acogida reservada y deben renegociar sus identidades a partir de etiquetas fuertemente estigmatizadas que desvalorizan al individuo (García, 2006:102). Esto no significa que los cañaris carezcan de herramientas para renegociar su posición social. La importancia de las redes sociales dentro del colectivo, su tradición comunitaria y el capital militante¹⁰ con el que cuentan algunos de sus miembros constituyen recursos valiosos para la organización colectiva.

4. LAS ASOCIACIONES CAÑARIS: ESPACIOS PRIVILEGIADOS PARA LA ELABORACIÓN DE ESTRATEGIAS IDENTITARIAS

Las asociaciones de ecuatorianos de Cañar están formadas, sobre todo, por los pioneros en la migración, los que llegaron a la Región de Murcia a finales de los años noventa. Migrantes que, una vez han conseguido un cierto grado de estabilidad en su situación jurídica, familiar, residencial y laboral, comienzan a sentir la necesidad de organizarse para realizar actividades culturales, de ocio y de formación.

La mayoría de asociaciones se han creado en los últimos años, en 2005 y 2006, aunque muchas de ellas funcionaban con anterioridad como grupos informales. En la existencia de estos grupos informales juega un papel relevante la tradición comunitaria, real o mitificada, de los indígenas cañaris. Los trabajos comunitarios y las fiestas en las que, según afirman la mayoría de informantes, todos participan unidos, actúan como un referente de sentidos y prácticas para la organización colectiva, lo que nos muestra que los cañaris no son, pese a su posición subalterna, un colectivo descapitaliza-

do, sino que poseen importantes recursos organizativos procedentes de las tradiciones asociativas y la cultura política de sus comunidades de origen.

En el Ecuador es más unido... todas las semanas hacen sus mingas y todo semanalmente hacen reuniones (...). Minga nosotros allá decimos, por ejemplo, un fin de semana arreglar las acequias, limpiar las acequias, entre todos, un día arreglar un camino en tal sitio o ampliar, o arreglar, rellenar, todo, todos unidos. Eso es bonito allá, trabajar así unidos se llama minga. Entonces seguir con esas costumbres nosotros también (varón, miembro de asociación)

Estamos, por tanto, ante un asociacionismo eminentemente joven, lo que limita en cierta medida nuestra capacidad de análisis, ya que no podemos profundizar en la trayectoria de estas organizaciones. En el proceso de formalización de las asociaciones han tenido una gran importancia dos factores que han ampliado las posibilidades de participación del colectivo: por una parte, las políticas municipales de participación ciudadana e integración y, por otro, la puesta en marcha del proyecto Codesarrollo Cañar-Murcia. En relación al primero de estos aspectos, cabe señalar que en los últimos años las entidades públicas, sobre todo municipales, han potenciado la creación de asociaciones de inmigrantes, para que ejerzan como representantes e interlocutores del colectivo. Estas actuaciones se inscriben en una tendencia de institucionalización de las relaciones entre la administración pública y las asociaciones a través de políticas de participación ciudadana, que pretenden promover la intervención de los ciudadanos en la definición, elaboración y ejecución de las políticas públicas, más allá de las formas participativas vinculadas a los procesos electorales (Gadea, 2005). En el contexto español, tanto el Plan Estratégico de Ciudadanía e Integración, a nivel estatal, como los planes de integración autonómicos y municipales, destacan la importancia de la participación de los inmigrantes y

¹⁰ El capital militante puede definirse, siguiendo a Matonti y Poupeau (2004) como el capital nacido de la autoridad reconocida por el grupo, incorporado bajo la forma de técnicas, disposiciones a actuar, intervenir, o simplemente obedecer, que incluye un conjunto de saberes y de saber-hacer movilizables durante acciones colectivas (Mafia y Ceirano, 2007).

establecen diversos canales (consejos consultivos, medidas de fomento del asociacionismo inmigrante...) para hacerla efectiva (Torres, 2006).

Las políticas de participación ciudadana realizadas por algunos ayuntamientos murcianos han potenciado la organización de los inmigrantes. La necesidad de contar con interlocutores de los diversos colectivos que residen en el municipio ha hecho que estos ayuntamientos animen y apoyen, de diversas maneras, la creación de estas asociaciones. También el proyecto de Codesarrollo Cañar-Murcia ha funcionado como un dinamizador de las asociaciones, ya que a raíz de su puesta en marcha comenzaron a surgir nuevos grupos. Además de contribuir a la creación de asociaciones, el proyecto ha tenido una fuerte influencia en el modo en que se configura el asociacionismo del colectivo de indígenas de Cañar y, especialmente, en el tipo de relaciones que las organizaciones establecen entre sí. Las reticencias que expresan muchos informantes, fruto de experiencias negativas de cooperación en Ecuador, nos aportan información relevante para entender el proceso de formación de las asociaciones de cañaris en Murcia.

El proyecto generó en los inmigrantes cañaris grandes expectativas de beneficio económico, lo que ha provocado conflictos por el liderazgo, por la capacidad de representación del colectivo frente a las diferentes instituciones públicas implicadas en el proyecto. La desconfianza inicial parece haber disminuido, sobre todo a partir de la creación de un comité de seguimiento, que cuenta con representación de todas las asociaciones, pero todavía se mantienen abiertas algunas "heridas" que dificultan la coordinación entre las entidades.

Las asociaciones de ecuatorianos de Cañar son organizaciones de reducido tamaño y con recursos humanos y financieros muy limitados, que se caracterizan por la debilidad organizativa y la escasa coordinación¹¹. Se trata de asociaciones con un número reducido de miembros, entre veinte y cuarenta socios, de los que sólo una pequeña minoría participa activamente en la

organización. Los informantes destacan la baja implicación de los socios en las actividades cotidianas de la asociación y las limitaciones que la escasez de personas y de tiempo suponen para su capacidad de acción. Las largas jornadas laborales de la mayoría de los cañaris y las tareas domésticas dejan poco tiempo libre para el trabajo asociativo. Las asociaciones son conscientes de que la escasez de recursos humanos limita sus capacidades de actuación y, en algunos casos, se han planteado la necesidad de contar con miembros que puedan dedicarse exclusivamente a la gestión de la organización.

La escasez de socios y su baja participación redundan, además, en un fuerte protagonismo del grupo o del miembro fundador, hasta el punto de que muchas organizaciones son conocidas, más que por su nombre oficial, por el nombre de la persona que la preside. Estamos, en la mayoría de casos, ante organizaciones con una autoridad de tipo carismático, donde la figura del presidente o la presidenta, sus orientaciones y sus capacidades organizativas tienen una fuerte influencia en el funcionamiento de la asociación.

Las asociaciones se financian, principalmente, con cuotas de los socios, aunque algunas de ellas también han recibido subvenciones de los ayuntamientos y de entidades financieras. Otra de las fuentes de financiación de estas entidades es la venta de comida y bebida en las tiendas que se instalan en las "canchas deportivas" o en las actividades culturales que se organizan. La obtención de recursos económicos a través de las tiendas es, como veremos más adelante, un elemento que genera desconfianza y división entre las asociaciones.

Otra de las características del asociacionismo de los cañaris en Murcia es su fragmentación, que se traduce en una débil coordinación entre las asociaciones. Como ya hemos señalado, esta falta de relaciones se explica, en buena medida, por la desconfianza y los conflictos que se produjeron en las asociaciones a raíz de la puesta en marcha del proyecto Codesarrollo Cañar-Murcia, pero también obedece a la esca-

¹¹ Estos rasgos son compartidos por la inmensa mayoría de las entidades, tanto de inmigrantes (Torres, 2006) como de autóctonos (Ariño, 1999).

sez de recursos humanos y materiales, que hace que cada entidad se centre en sus actividades. Las relaciones más estrechas se dan entre asociaciones que comparten municipio y entre aquéllas que participan en el proyecto Codesarrollo, aunque en este último caso la coordinación parece limitarse, únicamente, a las actuaciones del proyecto. La relación con entidades autóctonas es prácticamente nula y sólo en dos de las asociaciones entrevistadas se mantienen relaciones con organizaciones que tienen su sede en Cañar.

La constitución de asociaciones ha permitido a los diferentes grupos informales el establecimiento de relaciones con la administración pública y el acceso a los beneficios materiales (financiación económica, prestación de espacios públicos, acceso a curso gratuitos de formación...) y no materiales (reconocimiento como representantes del colectivo) que estas relaciones otorgan. Además, ha permitido a estos grupos la organización de actividades que, de otro modo, no podrían realizar, como los eventos culturales o deportivos. En la conversión de grupos informales en asociaciones encontramos, por tanto, una estrategia de acomodación de las formas de organización del colectivo a las normas de la sociedad de recepción, más restrictivas que las ecuatorianas.

En el origen de las asociaciones existen dos orientaciones principales. Algunas asociaciones nacen con el fin de proporcionar a los inmigrantes un espacio de encuentro, en el que realizar actividades que requieren una cierta organización colectiva, como los actos deportivos o culturales. Tiene, por tanto, una clara orientación intragrupo. Otras, sin embargo, surgen con una disposición hacia la sociedad de recepción, para reivindicar determinados derechos y visibilizar la presencia del colectivo. Estos objetivos se han plasmado en una diversidad de actividades, entre las que cabe destacar las deportivas y culturales.

El colectivo ecuatoriano ha recreado, en los municipios murcianos, una sociabilidad propia, vinculada al deporte y a la comida y bebida en grupo, en largas sesiones al aire libre. Durante los últimos años, diversos lugares han funcionado como “espacio ecuatoriano” (ramblas, descampados, canchas más o menos informales). En algunos municipios, se produjeron quejas

por parte de los vecinos autóctonos, que protestaban por el elevado número de personas que se congregaban, el consumo inmoderado de alcohol, en algunos casos, y la música de las tiendas informales que vendían comida y, sobre todo, bebida. En la actualidad se asiste a un proceso de acomodación de los espacios lúdico-familiares ecuatorianos a iniciativa municipal y de forma, más o menos aceptada, por los interesados, lo que implica una regulación de las prácticas de sociabilidad en los espacios municipales acondicionados o cedidos por los ayuntamientos (Torres, 2007).

Las asociaciones han permitido a los indígenas cañaris la creación de espacios de encuentro que, por un lado, les ayudan a vencer la soledad y, por otro, les permiten expresar pautas de sociabilidad que consideran propias. Estas asociaciones se han convertido en una condición de posibilidad para recuperar las formas de sociabilidad propias de la vida comunitaria, en tanto que permiten a los cañaris la organización de actividades que, de otro modo, no podrían realizar.

En este proceso, las asociaciones han jugado diferentes papeles. Por un lado, han actuado como instancias de mediación para negociar con las instituciones públicas los requisitos de la realización de las actividades en el espacio público; por otro, algunas de ellas han funcionado como agencias de control intragrupo, tanto de los beneficios económicos que puede reportar la acción asociativa (venta de comida y bebida, inscripciones de los campeonatos deportivos...), como de los aspectos más rechazados por la sociedad de recepción (el consumo excesivo de alcohol o la venta de comida y bebida sin licencia). En los encuentros que estos migrantes realizan, se escucha frecuentemente por megafonía a los miembros de la organización avisar de los lugares donde se pueden aparcar los vehículos, de la necesidad de vigilar que los niños no jueguen en la carretera o en los campos de cultivo cercanos o de la importancia de recoger los residuos de bebida y comida.

Junto con los encuentros deportivos, las actividades culturales juegan un papel fundamental en la acción asociativa. El discurso de los informantes muestra la fuerte conciencia que éstos tienen de su especificidad étnica y cultural respecto de la sociedad de recepción.

mayor parte somos indígenas, tenemos nuestra propia lengua, es lengua materna, vernácula que dicen, es quechua, entonces nosotros (...) nuestra cultura, nuestra gastronomía, nuestra vestimenta, nuestro idioma, cualquier país que estemos, donde quiera que estemos, tenemos que mantener (varón, miembro de asociación)

Las actividades culturales de las asociaciones se inscriben, de este modo, en el marco de estrategias de diferenciación cultural y de afirmación de identidades distintivas¹², en las que algunas manifestaciones culturales se erigen, mediante procesos de retradicionalización selectiva o patrimonialización (Prats, 1999; Cruces, 1998), en divisas de la identidad colectiva. Cabe destacar, sin embargo, que estas manifestaciones culturales, especialmente la vestimenta, no se consideran igualmente válidas en todos los espacios, sino que se hace de ellas un uso estratégico. Los cañaris utilizan sus trajes típicos en estos encuentros, mientras que en los lugares de trabajo y en los espacios públicos comunes suelen vestir al modo occidental. Este uso estratégico de la indumentaria, uno de los marcadores étnicos más visibles, es especialmente evidente en el caso de los jóvenes, que ni siquiera la utilizan en los espacios etnicizados, salvo en las grandes festividades como el carnaval o el Inti Raymi, e incluso animan a sus padres a que no la utilicen.

(Mi hermana le dice a mi padre) tú tenías que vestir como visten los españoles, con traje de corbata. Mi padre tiene, se viste a veces, pero no le gusta mucho y le dice te tienes que cortar el pelo, mi hermana siempre y a mi madre le dice te tienes que poner vestido, te tienes que poner falda (mujer, adolescente cañar).

Los cañaris encuentran en la historia y la tradición ecuatoriana, y en el discurso indigenista, los elementos que les permiten no sólo diferenciarse sino también poner en marcha estrategias de valorización de su cultura. Ellos se consideran, y son considerados por muchos mestizos ecuatorianos, como los *auténticos* pobladores del Ecuador.

San Rafael, Quilloac, Cuchucón, La posta... esos son... unas... comunidades indígenas. Comunidades de la gente que está mucha gente está aquí. Llevan, los que viven fuera de la ciudad pues llevan coleta, son los auténticos cañaris. Ellos son, sí que son los propios, pues ellos llevan la sangre pura que todavía no está mezclada. Los españoles no se mezclaron con ellos pero mucha gente no se mezcló entonces siguen siendo los auténticos... los aborígenes (...). Nosotros (los mestizos) somos los cañarejos. Los cañaris son... los llamamos los cañaris a la gente de coletas. Son los cañaris (...) porque antiguamente en el tiempo de los incas, antes que lleguen los españoles había la raza cañari (...). Era una raza de gente brava y todo (...). Cañaris (se llama) a los que viven en el campo. O... normalmente más que cañaris, indios (varón, mestizo)

Un elemento central de las actividades culturales de las asociaciones es la celebración de encuentros de música y danza, así como de fiestas que se consideran emblemáticas para el colectivo, como el Carnaval, el Inti Raymi o el Año Viejo. Estas actividades desempeñan una función intragrupo, en tanto que permiten a los indígenas cañaris expresar su especificidad y reconstruir un sentido de comunidad. Pero también tienen una función hacia el exterior del grupo: a través de ellas, pretenden dar a conocer su cultura a la sociedad de recepción. Encontramos aquí una demanda de reconocimiento que se ha traducido en estrategias de visibilización y de acceso al espacio público.

(La asociación) surge con el objetivo de trabajar (...) demostrando lo que es nuestra cultura, por la integración social y cultural de los inmigrantes aquí y, en especial, de los cañaris, porque como te decía antes los cañaris somos una cultura muy diferente a los demás, entonces por eso, pues... nosotros intentamos demostrar quienes somos y como somos y que... ideologías y que tradiciones tenemos. Ojalá pues con el tiempo vayamos participando ya directamente, por ejemplo en las fiestas de los pueblos, que queremos colaborar, para como se dice salir al aire (mujer, presidenta de asociación)

¹² La diferenciación cultural y de afirmación de identidades culturales locales distintivas constituye, junto a la hibridación, el modo en que se expresa la heterogenización cultural producida por los procesos de desterritorialización (Hernández Martí, 2002).

Algunas entidades reivindican que los actos culturales se realicen en el centro del pueblo y no en lugares alejados, como ha sucedido hasta ahora. Para ellas, la utilización de las calles y plazas de las localidades donde viven, el uso de los equipamientos públicos y la participación en actos organizados por otras asociaciones o por los ayuntamientos, supone un modo de *intercambiar las culturas*, para que los autóctonos les conozcan y reconozcan como vecinos que son.

Las cosas que hagamos de nuestras culturas, nuestras tradiciones, que vean también la gente española, que realmente queremos que vean y que nos aprendan a nosotros también, ¿no?, porque... de todas maneras estamos aquí conviviendo y estamos queriendo... intercambiar las culturas (varón, miembro de asociación)

El acceso al espacio público, en el que las asociaciones han tenido que negociar con las administraciones locales, ha implicado una acomodación de las prácticas a las normativas municipales que no ha sido aceptada por algunos grupos, lo que muestra diferentes concepciones del sentido que deben tener estas celebraciones.

La idea que tienen la mayoría de los compañeros, de los grupos que ahora están formando... o sea, tienen idea más o menos ellos... sacar fondos, pero pretenden vender licores, cervezas, tabaco y todo eso... hacer algo escondido por ahí, lugares que no vean la guardia y todo eso (mujer, presidenta de asociación).

Estas diferentes concepciones dificultan la organización de actos oficiales, como el Inti Raymi o el Carnaval, en los que colaboren el conjunto de las asociaciones. Esto se puso en evidencia ante la imposibilidad de organizar un Inti Raymi conjunto, por los desacuerdos entre las asociaciones sobre la fecha y lugar donde debía celebrarse.

Por un lado, la celebración de un Inti Raymi conjunto, en el estarían invitadas diversas autoridades de la Región de Murcia y de Ecuador, hizo que algunas organizaciones se disputaran el liderazgo en la organización del acto, apelando a su capacidad para conseguir tanto el apoyo de los ayuntamientos como la movilización del colectivo. Por otro, muestra la falta de acuerdo

sobre el significado de la fiesta; así, según afirman los informantes, mientras unas organizaciones tendrían intereses económicos en la celebración, otras pretenderían realizar un acto que es *sagrado* para el colectivo.

Ese Inti Raymi ponían tiendas las asociaciones, uno por un lado, otro por otro lado, y sacaba dinero y se sacan dinero (...). Las otras organizaciones dicen no, pues aquí no estamos por dinero, (sino) por hacer una actividad, por hacer un acto que para los cañaris es sagrado (mujer, presidenta de asociación)

Estos dos aspectos nos permiten percibir las pugnas que se están produciendo entre las asociaciones por el poder de representación del colectivo y por el poder de definir la ortodoxia y la ortopraxis de la fiesta (García Pilán, 2007); por el poder, en definitiva, de establecer cuáles son los elementos de la cultura que deben ser mantenidos y respetados en este nuevo contexto. No conviene olvidar que las “adhesiones primordiales que unen de manera inefable a los individuos son, en gran medida, el objeto resultante de luchas simbólicas continuas en el seno de los propios grupos, donde se compite por monopolizar la definición de las verdaderas características distintivas de una herencia cultural” (Río Ruiz, 2002:87). En estas luchas simbólicas, los dirigentes de algunas asociaciones, como “guardianes de la tradición” (Díaz Viana, 1999), reivindican el carácter sagrado de la fiesta, una fiesta que, por su carácter desterritorializado, está sujeta inevitablemente a procesos de resemantización.

Es una fiesta grande, que tiene mucho significado (...), a mí me duele que nuestros compañeros mismos no entiendan, no valoran lo que somos y lo que la fiesta es, una fiesta que tiene muchos puntos importantes, que no tenemos que estar como... aparece ahora de momento como si fuera un juego (mujer, presidenta de asociación)

En el discurso de algunas asociaciones, son frecuentes los lamentos por la unidad perdida. Si en Cañar el hecho de compartir un mismo territorio garantiza la cooperación, en el nuevo contexto migratorio, donde existe una mayor dispersión en el espacio, la unidad del colectivo se torna problemática, ya que se vuelve difusa.

La cultura cañari hace del binomio territorio-identidad uno de sus elementos fundamentales de legitimación. Cuando esta ecuación se rompe, como sucede en un contexto migratorio, la comunidad tiene que reconstruirse mediante procesos de re-localización y re-definición identitaria. Se ve sometida, por tanto, a procesos de negociación, donde se ponen de manifiesto las diferencias del colectivo. Las llamadas a la unidad no hacen sino poner en evidencia las dificultades que encuentran estas organizaciones para conciliar intereses heterogéneos, que se derivan de las diferentes situaciones de inserción de los miembros del colectivo, de sus diversas expectativas en relación al proceso migratorio y de las diferencias en el capital económico, político, cultural y relacional de sus miembros.

5. RECAPITULACIÓN Y NUEVAS LÍNEAS DE ANÁLISIS

El análisis del asociacionismo de los migrantes cañaris en Murcia nos permite observar cómo se llevan a cabo los procesos de reconfiguración identitaria a través de diversas estrategias y el papel que en ellos juegan estas organizaciones. Las asociaciones han permitido a los cañaris recrear determinados aspectos de su sociabilidad tradicional, vinculados a las actividades deportivas y culturales. En tanto que espacios en los que se desarrolla la interacción social entre los miembros del grupo, constituyen también el ámbito en el que se producen las estrategias identitarias del colectivo.

Mientras que en la sociedad murciana ocupan una posición subalterna, simbólicamente desvalorizada, los cañaris apelan a los recursos de su tradición comunitaria y al discurso indigenista para valorizar su cultura. Son conscientes de su especificidad étnica y cultural, no sólo respecto de la sociedad de recepción sino también de otros colectivos ecuatorianos, y han puesto en marcha diversas estrategias de diferenciación cultural. Las prácticas lingüísticas, gastronómicas o festivas, así como el uso de la vestimenta, se utilizan de manera selectiva en función del espacio, público o etnificado, en el que se produce la interacción.

Estas prácticas, entretejidas con las relaciones e instituciones sociales en sus comunidades de origen, tienen que desarrollarse ahora en un nuevo contexto. Se producen, en este sentido, procesos de re-localización y re-significación que inevitablemente deben someterse a negociación entre los miembros del colectivo. Emergen, en estos procesos, diversos conflictos en torno al significado de las manifestaciones culturales y a la unidad del colectivo. Los conflictos al interior del grupo expresan las dificultades para conciliar intereses heterogéneos, que se derivan de las diferentes situaciones de inserción de los miembros del colectivo, de sus diversas expectativas en relación al proceso migratorio y de las diferencias en el capital económico, político, cultural y relacional de sus miembros. Parece necesario, por tanto, profundizar en los modos de producción de estas diferencias, es decir, en la manera en que la trayectoria y la posición social de los sujetos tienden a generar *habitus* o disposiciones para interpretar la realidad y para actuar en ella en un determinado sentido.

La importancia de las asociaciones no se agota en las relaciones al interior del colectivo. En relación a las instituciones de la sociedad de recepción, las asociaciones actúan como verdaderos agentes de mediación social y cultural. La relación con los ayuntamientos y con otras organizaciones autonómicas ha convertido a algunas de estas asociaciones en instancias de representación e intermediación política, les ha otorgado el poder de representar al colectivo en determinados foros públicos y de monopolizar los recursos que de ese poder se derivan. Pero además, es a estas instituciones a las que dirigen sus demandas de reconocimiento, en un intento por ocupar los espacios públicos y por ganar el derecho a verse representados en ellos.

Un último aspecto que el análisis realizado pone de manifiesto, y que deberá ser estudiado en mayor profundidad, es el modo en que la acción de las instituciones públicas favorece la creación de asociaciones de inmigrantes y orienta su labor. Como veíamos, las políticas de participación ciudadana y de inmigración, así como el proyecto de codesarrollo Cañar-Murcia, han contribuido a la formación de las asociaciones de cañaris en tanto que han generado

una politización de la diferencia¹³, creando un marco donde la “especificidad” étnica se transforma en un recurso político que puede permitir el acceso a otro tipo de beneficios.

No se trata de un fenómeno nuevo, ni que afecte de manera exclusiva a las personas inmigrantes. Desde finales de los años 80, las políticas de fomento del asociacionismo o de participación ciudadana se han concretado en intervenciones que, en línea con los planteamientos de las políticas de la identidad, tienden a organizar a los ciudadanos en colectivos¹⁴ que a menudo se definen en términos de desventaja social. Así, las instituciones públicas han favorecido las organizaciones de mujeres, de jóvenes, de discapacitados y, en los últimos años, de inmigrantes, desde la idea de que era necesario contar con interlocutores para conocer las necesidades y demandas de estos colectivos. Pero no conviene olvidar, como señala Agrela, que las políticas públicas constituyen tecnologías de poder en el

sentido foucaultiano, que “generan clasificaciones y distinciones entre las poblaciones, construyendo a las personas en tanto que sujetos y objetos de las mismas, regulando sus vidas e inventando significados sobre los distintos grupos a los que quedamos vinculados, o por oposición, excluidos (Agrela, 2006:77).

Las actuaciones que fomentan el asociacionismo de los inmigrantes construyen a estos sujetos como inmigrantes, como un exponente de una cultura o de una etnia que, a menudo, es folklorizada y esencializada (Messadra, 2005). Las asociaciones no son espacios neutros ni completamente autónomos. Su función como instancias de representación y de intermediación política, y la dependencia material que muchas veces tienen de los recursos de la administración, nos obliga a no subestimar el papel de las instituciones públicas en la definición de qué elementos culturales vale la pena mantener en la nueva sociedad de destino.

BIBLIOGRAFÍA

- AGRELA ROMERO, B. (2006): “Las figuras ‘mujer inmigrante’ en la políticas de Acción Social. De los discursos a las prácticas y modelos de intervención”, en *Mujeres migrantes, viajeras incansables. Monográfico sobre Género e Inmigración*. Harresiak Apurtuz, Coordinadora de ONGs de Euskadi de Apoyo a Inmigrantes, Bilbao.
- ALBERT RODRIGO, M. (2004): *La eclosión asociativa en el tránsito hacia una nueva era. Un estudio del Tercer Sector en el ámbito comarcal de l’Horta Sud (Valencia)*, Servei de Publicacions de la Universitat de València (edición electrónica), Valencia.
- AGULHON, M. (1977): *Le cercle dans la France Bourgeoise 1810-1848. Étude d’une mutation de sociabilité*, Armand Colin, París.
- ANDERSON, B. (1993): *Comunidades imaginadas: reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo*, Fondo de Cultura Económico, México.
- ANHEIER, H., & KENDALL, J. (eds.) (2003): *The Third Sector Policy at the crossroads: an international non-profit analysis*, Routledge, London.
- ARIÑO, A. (DIR.) ALIENA, R. CUCÓ, J. y PERELLÓ, F. (1999): *La rosa de las solidaridades. Necesidades sociales y voluntariado en la Comunidad Valenciana*, Fundació Bancaixa, Valencia.

¹³ Como señala Weber, no son las diferencias culturales, por muy visibles que puedan ser, las que generan por sí mismas la acción política; es la acción política la que, al promover la conciencia de la diferencia, transforma al colectivo en un grupo étnico (Río Ruiz, 2002:99).

¹⁴ No se trata de un proceso exclusivo de este tipo de políticas. Como destaca Gil Araujo, “cada vez más, las personas son categorizadas y moldeadas a través de políticas de distinto tipo (políticas sociales, carcelarias, de drogas, migratorias, agrícolas...), que les otorgan diferentes papeles en tanto que sujetos (ciudadanos, inmigrantes, desempleados de larga duración, jóvenes, toxicómanos, marginados, reclusos) y crean una serie de nuevas relaciones entre individuos y grupos y entre lo público y lo privado, redefiniendo qué se entiende por cada uno de estos términos. A través de las políticas se determinan agendas, se construyen y definen problemáticas, se elaboran e imponen explicaciones y se ofrecen soluciones, ya implícitas en la formulación de los problemas. En otras palabras: se instauran determinadas visiones y di-visiones del mundo” (Gil, 2006:20-21).

- BARTH, F. (1976): *Los grupos étnicos y sus fronteras*, Fondo de Cultura Económica, México. [Edición original: (1969). *Ethnic Groups and Boundaries. The organization of Culture Difference*. Universitetsforlaget].
- BAUMAN, Z. (2005): *Identidad*, Losada, Madrid.
- BOURDIEU, P. (2007): *El sentido práctico*, Siglo XXI, Madrid.
- BRUBAKER, R. & COOPER, F. (2000): “Beyond identity”, *Theory and Society* 29: 1-47.
- CAMACHO, G. y HERNÁNDEZ, K. (2005): *Cambió mi vida. Migración femenina, percepciones e impactos*. RISP- PERGRAF C.A., Quito.
- CASEY, J. (1997) « Les associacions i la integració d’immigrants estrangers » *Revista Catalana de Sociologia* 6: 9-22.
- CLIFFORD, J. (1999): *Itinerarios transculturales*, Gedisa, Barcelona.
- CRUCES, F. (1998) «Problemas en torno a la restitución del patrimonio. Una visión desde la antropología» *Política y Sociedad* 27: 77-87.
- CUCÓ GINER, J. (2004): *Antropología Urbana*, Ariel Barcelona.
- DEL OLMO VICÉN, N. (2003) «Construcción de identidades colectivas entre inmigrantes: ¿interés, reconocimiento y/o refugio?» *REIS* 104: 29-56.
- DELGADO, M. (1998) «Dinámicas identitarias y espacios públicos» *Afers Internacionals*, 43-44: 17-33.
- DÍAZ VIANA, L. G. (1999): *Los guardianes de la tradición. Ensayos sobre la invención de la cultura popular*, Senda, Guipúzcoa.
- GADEA, M. E. (2005): *Las políticas de participación ciudadana: Nuevas formas de relación entre la Administración pública y la ciudadanía. El caso de la ciudad de Valencia y su Área Metropolitana*, Valencia, Servei de Publicacions de la Universitat de València (edición electrónica).
- GADEA, M. E. & CARRASQUILLA CORAL, M. C. (2009) «Las asociaciones de inmigrantes ecuatorianos de Cañar en la Región de Murcia » en A. Pedreño & E. Sánchez (coord.) *El codesarrollo en la conexión migratoria Cañar-Murcia*, Publicaciones de la Universidad de Murcia, Murcia.
- GADEA, M. E.; GARCÍA, I. & PEDREÑO, A. (2009): “Remesas, lógicas familiares y contextos locales de origen: reflexiones a partir de la conexión migratoria Cañar-Murcia”, en Gadea, M.E.; García, A. & Pedreño, A. (eds): *Las ambivalencias del codesarrollo. Vínculos migratorios, comunidades transnacionales y un estudio de caso*. EDINUM, Murcia.
- GARCÍA, P. (2006) «Estrategias identitarias de los inmigrantes argentinos y ecuatorianos en Madrid» *Revista Alternativas, Cuadernos de Trabajo Social*, n° 4:95-112.
- GARCÍA PILÁN, P. (2007): *Tradición y proceso ritual en la modernidad avanzada: la Semana Santa Marinera de Valencia*, Tesis Doctoral, Universitat de Valencia.
- GIDDENS, A. (2001): *Consecuencias de la modernidad*, Alianza Editorial, Madrid.
- GIL ARAUJO, S. “Construyendo otras. Normas discursos y representaciones en torno a las mujeres inmigrantes no comunitarias”, en *Mujeres migrantes, viajeras incansables. Monográfico sobre Género e Inmigración*. Harresiak Apurtuz, Coordinadora de ONGs de Euskadi de Apoyo a Inmigrantes, Bilbao.
- GÓMEZ GARCÍA, P. (2007) «El fetichismo de la identidad cultural. Por un enfoque más científico y crítico» en Rubio Ferreres, J. M. & Estrada Díaz, J. A. (eds.) *Identidad, historia y sociedad*, Universidad de Granada, Granada.
- GUTIERREZ, A. (2002): *Las prácticas sociales. Una introducción a Pierre Bourdieu*, Tierra de Nadie, Madrid.
- HALL, S. (2003) «¿Quién necesita identidad ?» en S. Hall & P. du Gay (comps.) *Cuestiones de identidad cultural*, Amorrortu, Buenos Aires.
- HERNÁNDEZ MARTÍ, G. M. (2002): *La modernitat globalitzada*, Tirant Lo Blanch, Valencia.
- HERRERA, G. (2005): «Remesas, dinámicas familiares y estatus social: una mirada de la emigración ecuatoriana desde la sociedad de origen» en N. Zúñiga García-Falces (coord.): *La migración, un camino entre el desarrollo y la cooperación*. Centro de Investigación para la Paz (CIP-FUHEM), Madrid.
- JOKISCH, B. & KYLE, D. (2005): “Las transformaciones de la migración transnacional del Ecuador, 1993-2003”, en G. Herrera; M. Carrillo & A. Torres, A. (eds.), *La migración ecuatoriana. Transnacionalismo, redes e identidades*, FLACSO-Ecuador, Quito.
- LAPIERRE, W. (1997) «Prólogo» en P. Poutignat & J. Streiff-Fenart, *Teorias da etnicidade*, Sao Paulo, UNESP.
- LEVI-STRAUSS, C. (1981): *La identidad*, Ediciones Petrel, Barcelona.

- MAFFIA, M. & CEIRANO, V. (2007) «Estrategias políticas y de reconocimiento en la comunidad caboverdiana de Argentina» *Contra Relatos desde el Sur. Apuntes sobre África y Medio Oriente*, 3(4):81-107.
- MATONTI, F. & POUPEAU, F. (2004) «Le capital militant. Essai de définition» *Actes de la recherche en sciences sociales*, 155:4-11
- MARTÍN CRIADO, E. (2001) «Configuraciones simbólicas» en E. Martín Criado, *Proyecto docente de Sociología de la Educación*, Sevilla, Universidad de Sevilla (inédito).
- MEISTER, A. (1974) : *La participation dans les associations*, Éditions Ouvrières, París.
- MEZZADRA, S. (2005): *Derecho de fuga. Migraciones, ciudadanía y globalización*, Madrid, Traficantes de Sueños.
- PEDONE, C. (2005) «Tú siempre jalas a los tuyos. Cadenas y redes migratorias de las familias ecuatorianas hacia España» en G. Herrera & M. C. Carrillo, & A. Torres (eds.) *La migración ecuatoriana: transnacionalismo, redes e identidades*, FLACSO/Plan Migración, Comunicación y Desarrollo, Quito.
- PEDREÑO, A. (2005) «Sociedades etnofragmentadas» en A. Pedreño Canovas & M. Hernández Pedreño (coords.) *La condición inmigrante. Exploraciones e investigaciones desde la Región de Murcia*, Universidad de Murcia, Murcia.
- (2007) «Proletarizados y etnificados: la inmigración ecuatoriana en la agricultura intensiva de la Región de Murcia» en V. Bretón & F. García & A. Jové & M^a José Vilalta (eds.) *Ciudadanía y exclusión: Ecuador y España ante el espejo*. Catarata, Madrid.
- PEDREÑO, A. & SÁNCHEZ ALCÁZAR, E. J. (coords.) (2009): *El codesarrollo en la conexión migratoria Cañar-Murcia*, Publicaciones de la Universidad de Murcia, Murcia.
- PÉREZ DÍAZ, V., & LÓPEZ NOVO, J. P. (2003): *El tercer sector social en España*, Ministerio de Trabajo y Asuntos Sociales, Madrid.
- PRATS, J. (1999) «Folklore, cultura popular y patrimonio. Sobre viejas y nuevas pasiones identitarias» *Arxius de Ciències Socials*, 3: 87-99.
- RAMÍREZ GALLEGOS, F. y RAMÍREZ, J. (2005): “Redes transnacionales y repertorios de acción migratoria: de Quito y Guayaquil para las ciudades del Primer Mundo”, en Herrera, G.; Carrillo, M. y Torres, A. (eds.), *La migración ecuatoriana. Transnacionalismo, redes e identidades*. FLACSO-Ecuador, Quito.
- REX, J. (1994) «Ethnic mobilization in Britain» *Revue Européenne des Migrations Internationales*, Vol. 10, 1: 7-18
- RÍO RUIZ, M. A. (2002) «Visiones de la etnicidad» *REIS* 98: 79-106.
- RODRÍGUEZ CABRERO, G. (coord.) (2003). *Las entidades voluntarias de acción social en España*, Fundación Foessa, Madrid.
- RUIZ OLABUENAGA, J.I. (2000): *El sector no lucrativo en España*. Fundación BBVA, Madrid.
- (2006): *El sector no lucrativo en España. Una visión reciente*, Fundación BBVA, Madrid.
- SALAMON, L. (2001): *La sociedad civil global. Las dimensiones del sector no lucrativo*, Fundación BBVA, Bilbao.
- (2004): *Global Civil Society. Dimensions of the Nonprofit Sector*, Kumarian Press, Bloomfield.
- TEJERINA, B. (2005) «Teorías contemporáneas de la acción y teoría de la identidad. Un problema clásico revisitado» en A. Ariño, (ed.) *Las encrucijadas de la diversidad cultural*, CIS, Madrid.
- TORRES PÉREZ, F. (2006) «La inserción urbana de los inmigrantes y su participación en la ciudad» en Simó, C. & Torres Pérez, F. (eds.) *La participación de los inmigrantes en el ámbito local*, Tirant lo Blanch, Valencia.
- (2007): *Los nuevos vecinos y vecinas de la mancomunidad del sureste de Murcia. Los inmigrantes y su inserción en Torre Pacheco, Fuente Álamo y La Unión*, Publicaciones de la Universidad de Murcia-Mancomunidad de Servicios Sociales del sureste de Murcia, Murcia.